

por el estado, que le abre su seno despues de haberla rechazado mucho tiempo, y la feliz asociacion de las dos potestades que sin perder su carácter distintivo y sin confundir sus derechos, se unen por una convencion sagrada para prestarse un mutuo apoyo.

La Iglesia perseguida en el espacio de tres siglos por todos los medios que el odio, la política, y la supersticion habian podido poner en uso para echar por tierra sus fundamentos, no habia cesado de hacer nuevos progresos mientras que todo concurría á aniquilarla. Al cabo de estos tres siglos, tiempo de pruebas y de gloria, llenaba todo el imperio, y aun se habia acrecentado con la conquista de muchos pueblos bárbaros, á quienes eran desconocidas las armas y la lengua de los romanos. Filósofos célebres por su ciencia y sus talentos, que habian entrado en su seno, habian presentado á los emperadores apologías llenas de fuerza y de luces en favor de los christianos; pero aunque muy bellas y muy convincentes tuvieron poco efecto; permitiéndolo así la providencia, á fin de que el establecimiento y progresos de la religion fuese una prueba incontestable de su divinidad. Por lo que aguardó que la fe hubiese penetrado hasta los climas mas remotos á pesar de la oposicion de todas las potencias, para sacarla del estado de tormento y de opresion en que se hallaba; y la sabiduría divina quiso que su obra fuese asegurada y consumada por la formacion de la sociedad christiana, sin embargo de que hubiese estado constantemente la espada sobre la cabeza de los que la componian, ántes de llamar á los dueños del mundo al conocimiento del evangelio.

Quando la religion christiana, sostenida únicamente por la proteccion divina, se habia extendido por toda la tierra, empezó á ser mirada por los soberanos baxo un punto de vista mas justo que lo habia sido hasta entónces. Veian á los hijos de la Iglesia derramados por las ciudades y las campañas, componiendo los exércitos, ocupando los tribunales, desempeñando los puestos subordinados á la autoridad soberana, exerciéndola potestad de los emperadores en los diferentes empleos que se les confiaban, y formando el cuerpo mismo de la república. Entónces conociéron que ya no era tiempo de forzar y de perseguir; que la Iglesia tenia una existencia demasiado exten-

noian si
-sial 10b
ish v 112
obscuro

sa y floreciente para ceder á los golpes de la fuerza, y que el mismo interes del estado exígia su reconciliacion con ella. Las miras de una sana política sacada del conocimiento de los hombres, y de la consideracion de las circunstancias en que se hallaba el imperio romano, convencieron á Constantino de las ventajas que de esta union resultarian.

Para conocer los verdaderos principios que sirvieron de basa al contrato, por el qual se unieron la sociedad civil y la religiosa, sin cesar de tener objetos diferentes y leyes separadas, es menester subir al origen de estas dos sociedades, y determinar la naturaleza de ellas. La union de los hombres en un mismo cuerpo, despojándose de la libertad natural tuvo por fundamento la necesidad de facilitarse una proteccion recíproca; una fuerza mas grande, y las dulzuras de un comercio mutuo, y su fin fué la posesion pacífica de sus personas, de sus derechos, y de sus bienes. El fundamento de la sociedad religiosa no pudo ser otro que la necesidad de unirse en un mismo culto exterior, para desempeñar respecto del Ser supremo las obligaciones de la religion, baxo una misma forma de ritos sagrados y de ceremonias sensibles; y su objeto es el góce de los bienes espirituales en esta vida, y la eterna felicidad del alma en otra mejor, prometida á los esfuerzos de la virtud.

De estas nociones tomadas de la naturaleza de las cosas se sigue, que la Iglesia y el estado son esencialmente independientes el uno del otro; cuya verdad fundada sobre la distincion y las propiedades de cada potestad se halla demostrada tambien por los hechos; porque por un lado la Iglesia tenia una consistencia segura, leyes, policia, gobierno, al mismo tiempo que estaba sujeta á todos los tiros de la autoridad secular; y por otro los derechos de la soberanía civil fueron siempre respetados en manos de los emperadores idólatras y de los príncipes hereges por la Iglesia, aunque sufria y era tiranizada. La fe, la moral, la disciplina interior, he ahí el distrito de la Iglesia: por sí misma no tiene poder coercitivo externo, ni jurisdiccion territorial. Las prosperidades temporales, la observancia de las leyes, la conservacion y el sostenimiento del cuerpo político, este es el distrito del estado, que por su naturaleza no tiene ni influencia sobre las opiniones, ni

imperio sobre las conciencias. La Iglesia por su constitucion y sus leyes fundamentales es necesariamente intolerante; porque se aniquilaria sin remedio si sufriese en su seno diversidad, mezcla, ó alteracion de los primitivos dogmas de la fe, y de los principios elementales de la moral; pero solo exerce su intolerancia con la proscripcion de los dictámenes perversos, y cortando los miembros corrompidos: en pasando de ahí, nada puede, porque, como sociedad puramente religiosa, no tiene fuerza coactiva, ni derecho sobre las personas. El estado es tambien intolerante; pero lo es á su modo: lo primero, por conservar la religion nacional, que despues de la alianza contraida con la Iglesia se ha hecho ley del estado: lo segundo, para mantener el orden público, el qual puede turbar y confundir la diversidad de opiniones y de cultos por los odios de partido que no dexa jamas de excitar, y por el fanatismo que siempre viene á su apoyo. Mas como el xefe del estado no es guiado sino por el mayor bien de la sociedad que gobierna, y por la obligacion de conservarla pacífica y floreciente, á él solo pertenece juzgar en qué casos debe tolerar ó proscribir.

Al presente se ve quales son las ventajas que reciprocamente sacan de su alianza la Iglesia y el estado, y las respectivas obligaciones que esta asociacion les impone. La Iglesia careciendo de fuerzas por defuera, obtiene de su union con el estado una proteccion que da efectos civiles á las leyes de su disciplina, honor y consideracion á su ministerio, una pompa exterior á su culto, á su gobierno, un nervio que le añade la concesion de la autoridad reprimidora y coercitiva. El estado, que no puede hacerse obedecer sino por el temor de las penas y el aparato de los juicios, consigue de su confederacion con la Iglesia, que su poder sea respetado como emanado del cielo; que sean seguidas sus ordenanzas por un principio de conciencia; que la virtud mas activa y segura que el honor, mueva á los súbditos á sacrificarlo todo por su prosperidad; y que las leyes sostenidas únicamente por la sancion temporal que acaba con la vida, sean fortificadas con otra mas formidable: quiero decir, las penas eternas y la desgracia de las almas, las quales no pueden eludir ni la feliz audacia que algunas ve-

ces pone de su parte á la fortuna y á las apariencias de la justicia; ni la feroz intrepidez que arrastra á los tormentos y á la muerte.

De las respectivas obligaciones de las dos potestades dimanen las ventajas que les proporciona la confederacion. La Iglesia con sus instrucciones, y aun mas eficazmente con sus exemplos, debe inspirar amor al estado y á sus leyes; interesar á todos sus súbditos en su prosperidad; hacer que se conozca el bien de la paz y el mérito de la subordinacion, y mostrar la imagen de la divinidad en la persona de aquellos en quienes reside la plenitud de su potestad. El estado debe proteger á la sociedad religiosa, mantenerla en el goce de sus derechos naturales; y de los privilegios que se le concedieron, y procurar se executen sus leyes contra los hereges y los rebeldes. Conténganse los pastores en las sagradas funciones de su ministerio, ocupados únicamente en preservar la fe del veneno de la novedad, en apartar del rebaño los lobos rapaces, y en mantener con reglamentos prudentes el nervio de la disciplina; pero por su lado conténtese el magistrado político con el título y las obligaciones de protector, no extendiendo la mano al incensario, no atribuyéndose el derecho de pronunciar sobre el dogma, de arreglar el orden del culto, y de prescribir las máximas que deben dirigir á los ministros en la distribucion de los bienes espirituales. Entónces todo estará en orden, las dos sociedades se prestarán un mutuo socorro, y contribuirán al esplendor la una de la otra; pero en el instante que sean excedidos por una de las dos potestades estos sagrados limites, no habrá ya mas que turbaciones, sospechas, rivalidades, y lo que debia constituir la felicidad del mundo, llegará á ser el origen de infinitos males. Demasiados exemplos funestos han verificado estas observaciones en el curso de los siglos.

Tal es el plan general de la historia eclesiástica, cuya idea me he propuesto, y que he procurado desempeñar. Ya es tiempo de dar á conocer mas particularmente el modo con que me he dedicado á executar en esta obra, el método que me he prescrito en ella, su distribucion, y su uso.

Plan particular de esta obra; método que en ella se ha seguido; su distribucion, y su uso.

La historia de la Iglesia encierra un grande número de objetos, que aunque encadenados entre sí por relaciones estrechas, no pueden ser comprehendidos en un mismo tejido de narracion, sin que resulte una confusion casi inevitable. Para dar á la lectura el calor y la rapidez que aumente el interés es necesario trastornar á cada paso el orden de las cosas, reducir lo que pide mayor extension, reunir acciones grandes para ser tratadas separadamente, y sacrificar el orden y claridad al arte mas ingenioso que util de las transiciones y analogías: á proporcion que los pasos del lector se extienden por los progresos del Evangelio, y el engrandecimiento de la esfera ó astro de la fe despliega sus rayos, es preciso retraerle continuamente de un clima al otro, para hacerle repetir el mismo camino que acababa de dexar. Se suprime la exposicion de un suceso, de que era necesario desenvolver las causas y seguir los efectos, para describir la celebracion de un concilio, ó hacer el extracto de un escritor. Se pasa de repente de las Galias á Africa, y de Roma á Constantinopla. Se interrumpen, y se toman incesantemente unos mismos asuntos, por cuyos cursos y rodeos freqüentes se rompe, y se renueva mil veces el hilo de los sucesos; y de consiguiente se echa en las materias que se recorren un embarazo, que tiene mucho trabajo en desenredarle la mas constante atencion.

Qualquiera que sea la utilidad de las historias generales, necesarias sin duda para aquellos que desean seguir la memoria de lo pasado hasta en sus menores circunstancias, y que nada quieren perder de las preciosas y menudas descripciones que los monumentos antiguos han conservado, se conoce quales son las ventajas de los compendios, en que los hechos principales y sucesos que hacen época, son los únicos que se procuran aclarar. En efecto este método tiene el mérito de ordenar las materias baxo de ideas generales con quienes tienen relacion, de apartar todo lo que es extraño al asunto, y que no puede servir para darle mas luz de separar los objetos que no deben confun-

dirse, y de tratarlos con la justa extension que les conviene, y con una claridad que haga el exámen mas fácil al historiador, y mas cómodo al lector.

Es aun mas propio este método para la historia eclesiástica que para ninguna, á causa de la vasta extension del teatro que abraza, como por relacion á la naturaleza de las cosas tan numerosas y tan variadas que entran en su composicion. En la historia de un imperio, de un pueblo famoso, de un hombre ilustre: los hechos se ordenan, digámoslo así, por sí mismos, á medida que el tiempo despliega su curso. Guerras, batallas, conquistas, tratados de paz y de comercio, proyectos meditados, expediciones atrevidas, divisiones interiores, mudanzas en orden político y civil, todo esto se sucede y se engendra, por decirlo así, uno despues de otro. Pocas separaciones, pocos episodios, y ménos digresiones: solo se trata allí de dexarse arrebatado de la rapidez de los sucesos, y de describirlos, segun se presentan. Una narracion viva y seguida basta para el desempeño de un historiador, y si el estilo es puro, natural y claro, el lector se entrega al encanto que le conduce de objeto en objeto, y que esparce mil flores en su carrera.

Mas en una historia de la Iglesia el tejido de sucesos se compone de un número tan grande de hilos esparcidos, que no es posible reunirlos sin enredarlos: hay hechos generales que pertenecen á toda la christiandad, hechos particulares, que solo interesan á ciertos países y á ciertas clases de hombres; hay digresiones continuas ocasionadas por los disparates inevitables, quando hay que recorrer un tropel de materias todas diferentes, aunque análogas; hay la historia del dogma y de la moral, la historia de los concilios, y la de los escritores, la historia de las instituciones públicas, y la de los personajes célebres por su ciencia ó por su virtud; si no se expone á ser obscuro y confuso, uniendo tantas cosas en un mismo quadro, conseguirá á lo ménos hacerse útil á la mayor parte de los lectores. Supongamos un artífice, que teniendo que pintar una campiña de muchas leguas de extension, en donde la naturaleza pródiga en derramar la mas grande variedad de llanuras colmadas de abundantes mieses, de praderas cubiertas de ganados, de arroyos poblados de flores y alamedas, de cerros cubiertas de viñas fértiles, y corona-

dos por áridos peñascos, quisiese colocar todo lo referido sobre un mismo lienzo, sin olvidar una pequeña choza, ni un matorral: no se le diría á nombre de aquellos, cuya vista muy débil ó muy limitada se perdería en un horizonte tan vasto: separad las hermosuras que se ofrecen á vuestra vista en este rico cercado, formad en objetos diferentes por los grupos que parece que van á encontrarse y unirse para prestarse una recíproca gracia: y tendreis otros tantos paisajes risueños y alegres en donde vuestro pincel podrá desplegar los encantos de una pincelada muy hermosa y fina? Me parece que estoy oyendo los preceptos que la razon y el gusto encaminan á aquel que se propone referir con fidelidad todo lo acontecido en la religion desde su cuna hasta nuestros dias: no amon-toneis muchos objetos en un espacio limitado: describid menudamente por no confundir; y trazad otros tantos dibujos como de partes diferentes teneis que presentar á los ojos del espectador.

Se me atribuiria á demasiado adelantamiento, que altamente protesto, si se infriese de estas reflexiones, que quiero abatir la excelente historia del piadoso y sábio abate Fleuri; estoy muy léjos, como lo debe estar todo hombre juicioso, de una idea que me avergonzaria, aun quando tuviese seguridad de que hallaria aprobantes en un tiempo en que se esfuerzan á destruir críticos atrevidos é injustos las reputaciones mejor establecidas en la literatura; mas bien me quejaria de que esta obra inmortal sea al presente tan poco leida, como poco estudiada. La historia de la Iglesia nunca fué tratada con mas sabiduría y dignidad, y me atrevo á pronosticar que no lo será jamas, á pesar de la buena opinion que nuestro siglo se forma de sus propias luces. Ni las otras naciones, ni la misma antigüedad pueden presentar cosa alguna comparable á este grande y magnífico retrato. El método en ella es vasto y magestuoso, la expresion fuerte y mesurada, el estilo grave y noble, como el asunto lo requiere. Rico, abundante, lleno de cosas el abate Fleuri, es siempre dueño de su asunto, y su juicio exquisito arregla siempre en su eleccion lo que debe decir, y lo que debe desechar. En la multitud infinita de objetos que abraza, cada uno de ellos se coloca en el lugar que le corresponde, y el tono que elige es siempre aquel que es necesario tomar. Se re-

pite con provecho su lectura, aun despues de haber consultado los originales, y siempre en ella se encuentran cosas nuevas, despues de haber estudiado los antiguos que fueron sus guias. Quando se ha recorrido en su obra una parte tan considerable de la inmensa carrera que se habia abierto, queda muy pesaroso de no poder seguirle mas léjos, por lo mucho que su modo es instructivo y hechicero. Es lástima que la muerte le haya obligado á dexar á otros una porcion de la tarea que solamente él era capaz de desempeñar. Así léjos de negar á este ilustre escritor la justicia que le hace toda la Europa, no puedo bastante bien recomendar el uso de su historia; y á las personas que no puedan proporcionarla, ó que no tienen tiempo para emprender su lectura, no cesaré de decirles, que no deben dexar de unir á mi obra el volumen de sus admirables discursos, que son todos originales y excelentes.

No elegí pues el órden analítico, al qual he unido la historia de cada siglo considerada separadamente, sino para seguir á paso mas igual el curso del tiempo, y el del espíritu humano en sus diversas relaciones con la religion christiana. Las materias uniformes se reunen baxo de diferentes títulos que las señalan: hechos puramente históricos, nacimientos, progresos, extincion de heregias y de cismas, disputas sobre el dogma y la moral, escritores célebres, concilios generales y particulares, sus decisiones y sus reglamentos, descripciones de costumbres, y de disciplina, y los resultados de estos diferentes objetos: todo esto se presenta con el órden mas claro, y con la proporcion mas exácta que ha sido posible guardar en medio de una tan inmensa diversidad, y el conjunto produce un quadro, en que todo se halla en su lugar, y fácil de percibir.

En los primeros siglos, en que todo es precioso, he procurado recogerlo todo; mas en los sucesivos, en que los negocios de la Iglesia abrazan una carrera mas extendida, elegí lo que hay de mayor interes, y me he inclinado á las cosas grandes, á los sucesos notables, que hacen época en los anales de la religion, que sirven para caracterizar el genio y las costumbres del tiempo en que pasaron. Como una historia de la Iglesia no debe ser propriamente un resumen de vidas de santos, ni una biblioteca

de los padres, no me he detenido en las actas de los mártires, ni en la descripción de la agiografía ó santa Escritura, ni en la análisis de los escritores eclesiásticos, sino quando esto me ha parecido preciso para completar la idea que quise dar de cada siglo. Quando un personage santo ha influido por su carácter, su talento y su conducta en los grandes negocios de su tiempo, como un Atanasio, un Chrisóstomo; quando un escritor, un autor célebre que se ha mezclado en las disputas importantes que en su tiempo se suscitaron; que ha contribuido mucho por obras profundas y luminosas á la refutación del error y al triunfo de la verdad, como un Agustino, un Bernardo, me creí obligado á hacerle conocer de un modo mas particular, y me valí de este método para establecer una correlacion entre esta obra y algunas otras, con las quales tuve intencion de unirla, y sobre cuyo pensamiento me explicaré con mas claridad.

Don Calmet nos ha dado una historia buena del antiguo y del nuevo testamento, y de los judíos, para servir de introduccion á la obra del sábio abate Fleuri. Supongo esta historia en la mia, y principio casi donde ella fenece, refiriendo solo los hechos absolutamente necesarios para formar el todo de mi plan. En quanto á otras cosas juzgué que era superfluo el referirlas, en la inteligencia de que pudieran haberse tomado en la obra del laborioso Benedictino, ántes de emprender la lectura de la que presento al público. Por cuya razon no hablo de las últimas guerras de los judíos contra los romanos, del sitio de Jerusalem, y de la destruccion del templo por Tito, baxo el imperio de Vespasiano, sino quando me pareció necesario, para no romper la cadena de los hechos, y no dexar entre ellos un vacío, que se me hubiera justamente vituperado.

Las actas auténticas de los mártires recogidos por don Thierry Ruinart, han sido perfectamente traducidas en frances por M. Drouet Maupertuis; cuyo libro igualmente supongo conocido de mis lectores, ó en defecto les aconsejo comprarle para servir de suplemento al mio en los lugares que no he querido repetirle: por cuya causa no tuve por conveniente dar mas atencion en lo concerniente á los mártires, que la que debe tener una obra elemental para quedar en una justa proporcion con las otras partes.

En fin M. Tricalet piadoso y sábio eclesiástico de nuestros dias, ha escrito una biblioteca portátil de los padres, obra muy bien desempeñada en que la buena crítica, y el espíritu de la análisis reunieron todo lo que hay de mas útil y mas curioso en una inmensa cantidad de volúmenes. Allí remito á los que deseen extractos extendidos y circunstanciados.

Mi pensamiento en la union que tuve ánimo de poner entre las obras que acabo de nombrar y la mia, contribuye á la distribucion de esta. He querido presentar á los christianos de todos los estados un retrato de los diferentes siglos de la Iglesia, que no fuese ni muy vasto, ni muy abreviado; una lectura que no espantase por su extension, y que sin tener la aridez de simples compendios, ni la prolixidad de historias voluminosas, comprehendiese en un espacio razonable todo lo que hay de importante y digno de saberse en las revoluciones del christianismo. Mas no precisamente me he detenido en este primer pensamiento, y en el ánimo de hacer mi trabajo de una utilidad mayor, y de un uso mas interesante para la religion, que es el principal objeto: hice todos mis esfuerzos para disponerlo de manera, que pudiese servir á la instruccion de los jóvenes eclesiásticos, y entrar en el curso de los estudios, por el qual se les prepara para las órdenes sagradas, y al exercicio del santo ministerio. Este ha sido mi principal intento.

Si los funestos progresos de la irreligion en Francia por espacio casi de medio siglo son lastimosos para la Iglesia, es sin duda para ella aun mas grande motivo de dolor el que muchos eclesiásticos empleados en las parroquias, por no haber estudiado la religion en sus verdaderos principios, no se hallan en aptitud de sostener los intereses de la fe, y de desbaratar los ataques de los impíos. ¿No es por ventura esto un escándalo para los débiles, y una cosa vergonzosa para la religion, que los legos de toda edad y profesion, militares, togados, literatos, y un número aun mas grande que no tienen destino en la sociedad, esten siempre armados de objeciones, de razonamientos, de anécdotas críticas contra los dogmas y la moral de la Iglesia; y que personas consagradas por su estado al servicio de los altares, y á la defensa del santuario, eviten el combate, quando se encuentran con estos enemigos del

Evangelio, ó no le aceptan sino para ser vencidos? El miedo ó debilidad de aquellos que se hallan por su vocacion y sus empleos destinados á vengar la verdad de los ultrajes que le hacen tantos malvados, ¿no recaen en perjuicio de la causa que se les ha confiado? ¿No son para la incredulidad el motivo de un triunfo con que se prevalece, y para los indiferentes que forman una clase tan numerosa en el mundo, un pretexto que sirve de disculpa á la reprehensible neutralidad de que ellos se glorían?

No se me diga que el mas grande número de ministros jóvenes que se forman en virtud y en ciencias eclesiásticas en los seminarios, estan destinados al servicio del campo en donde no se hallan expuestos á encontrar dogmáticos impíos, é incrédulos sistemáticos. Sé bien, que no es el hombre del campo y laborioso el que muy envanecido con los argumentos tomados de un Byle, de un Mandeville y un V.... vendrá á asaltar la religion en que fué criado y á hacer esfuerzos ridículos para desquiciar un edificio fundado sobre la eternidad misma de Dios. Mas cuántos aldeanos ricos, á quienes la cercanía de las grandes ciudades ha puesto en ocasion de tratar incrédulos y de imbuirse de sus máximas? cuántos personajes viviendo en sus palacios, y cuyas mezclas peligrosas formadas en las academias en que hicieron sus estudios, ó en los cuerpos militares en que sirvieron, estan tocados de sistemas irreligiosos atribuidos á algunos filósofos modernos? Los habitantes de la capital donde los incrédulos se han multiplicado tan prodigiosamente, y los de las principales ciudades de la Provenza en donde dicho mal se extiende todos los días, ¿no se hallan en la costumbre de pasar todos los años una estación en el campo, adonde llevan sus máximas y sus costumbres? Y todo esto ¿no pone al eclesiástico residente en él en la frecuente ocasion de hacer uso de sus conocimientos en las materias relativas á los diversos sistemas de impiedades, de que ciertas obras muy lisongeadas y bien conocidas han hecho entre nosotros una especie de moda? Y las disputas teológicas que se han suscitado en nuestros días, ¿no ofrecen á los enemigos de la Iglesia sofismas, de que sacan ventajas con tanta mas seguridad que el contrario contra quien probaron sus fuerzas, y se halla en menor estado de rebatir sus artificios?

Se evidencia de dichas observaciones que uno de los

principales objetos de la educacion eclesiástica atendiendo al genio y las opiniones de nuestro siglo, debe ser el estudio profundo de la religion en sus pruebas y sus influxos divinos. Que es principalmente á lo que he deseado contribuir, publicando esta obra; y espero que, si no llena perfectamente el plan, segun le he trabajado, á lo ménos corresponderá en parte á su destino.

Mi primer pensamiento habia sido de hacer un extracto metódico y razonado de la historia eclesiástica del abate Fleuri, entresacando todo aquello que él mismo hubiera cortado, y añadiendo observaciones de que no hubiera dexado de hacer uso, si hubiese conocido muchas obras polémicas sobre la religion, que los excesos monstruosos de la incredulidad han hecho salir á luz en nuestros días.

Otro proyecto era de refundir la historia de la Iglesia por el abate de Choisi, poniéndola en mejor orden, y separándola de todo lo que contiene de extraño al asunto. Me afirmaba en esta idea, por la estimacion que de ella parecia hacer un célebre predicador (*) de nuestros días, destinado por un empleo tan honroso como santo á nuestras princesas augustas, que aconseja la lectura de esta obra á las personas para las cuales escribió sus excelentes máximas sobre la manera de conducirse christianamente en el mundo. Pero un exámen mas riguroso de esta historia muy superficial y escrita con ligereza me ha hecho mudar de dictámen.

Por la misma razon abandoné el pensamiento de extractar servilmente al abate Fleuri; he querido mejor trabajar segun mis propias ideas, y hacer una obra nueva sobre un plan que fuese mio.

Esto no obstante, me he aprovechado de todo lo que hallé escrito hasta el presente sobre el mismo asunto; y entre las guias que he seguido, el abate Fleuri es una de ellas, á quien me entregué con mas confianza. Asimismo me he aprovechado mucho de las obras de Tillemont, de D. Cellier, de los sábios autores de la historia de la Iglesia galicana, de los padres benedictinos, que nos han dado la historia literaria de Francia, y de la admirable obra del abate Pluquet sobre las heregias, sin despreciar los originales en que aquellos iustres escritores habian bebido los

(*) El difunto señor abate Clemente, confesor de las infantas.

primeros, y á donde nos conducen continuamente como á los verdaderos principios de la historia.

Se hallará que mi método se conforma bastante con aquel que el difunto abate Racine ha seguido en su compendio de la historia eclesiástica, mas esto es solo lo que hay de comun entre su obra y la mia.

Una tabla cronológica de todos los siglos christianos, que reservé para el fin del último tomo, presentará el orden de los sucesos segun las fechas á que pertenecen.

Otra tabla presentará á los ojos del lector el orden de los concilios así generales como particulares: lo que he sacado del arte de verificar las datas, creyendo no poder elegir mejor conductor en los caminos oscuros de la cronología. De modo que no hice sino unas ligeras mudanzas y en corto número, quando me persuadí tener razones bien fundadas para no adoptar el dictámen de los sábios y laboriosos autores, á quienes se debe esta importante obra. Se hallará esta tabla al fin de cada siglo, la que servirá de suplemento á la parte de la historia en que se suscite alguna disputa sobre la disciplina, ó donde no hubiera sido posible hablar de todos los concilios sin excepcion, y sin salir del plan que me he prescrito.

Y en fin otra tabla igualmente colocada al fin de cada siglo señalará lo que se tiene por verídico sobre la sucesion de los pontífices, y el sincronismo de los soberanos que reynaron al mismo tiempo en todas las partes del mundo christiano. En cuyo asunto he seguido tambien el arte de verificar las datas, reservándome la libertad de apartarme en ciertos puntos, como lo executé algunas veces, siempre que me creí suficientemente autorizado para preferir una opinion diferente de la que mis conductores habian abrazado.

HISTORIA ECLESIASTICA

GENERAL

Ó SIGLOS DEL CHRISTIANISMO

EN SU ESTABLECIMIENTO Y SUS PROGRESOS.

SIGLO PRIMERO.

ARTÍCULO PRIMERO.

Estado político de las naciones en el origen del christianismo.

Roma, pobre, sobria y belicosa se habia levantado desde los mas débiles principios á tan alto punto de grandeza y de autoridad, que ántes de ella jamas habia existido algun imperio tan vasto y tan formidable; ni tampoco despues acá se formó sobre la tierra poder mas temible, ni que haya extendido su dominacion mas léjos. Su constitucion robusta, su política ilustrada, firme, sostenida, sus constituciones civiles y militares, las mas sabias y combinadas que es posible imaginar, le habian conducido en ménos de seis siglos de victoria en victoria á la conquista del universo: entónces conocido. Mandaba á todos los pueblos del mundo desde la India hasta lo interior de la Germania, y desde lo que se llama las columnas de Hércules hasta los climas los mas orientales del Asia.

La providencia habia permitido los progresos de dicha prosperidad, que nunca tuvo igual para preparar y facilitar la execucion de sus proyectos en el establecimiento y rápida propagacion del christianismo. Y para hacer lo uno y lo otro con mas seguro y pronto éxito, era necesario que todas las naciones quedasen unidas por una cadena comun, que de qualquiera manera hiciese un pueblo solo. A cuyo efecto todas las barreras que el zelo de los gobernadores y